

V. LA MORAL, ESPECULACIÓN FILOSÓFICA.—MÉTODO

MIXTO: REFLEXIÓN RACIONAL SOBRE LOS HECHOS.

La filosofía tradicional resume esta objeción, diciendo que la moral *no es una ciencia*; ella no debe investigar, como lo han hecho las morales objetivas teóricas, las leyes necesarias de la naturaleza, *lo que es* (porque entonces aconsejar a los hombres que las siguieran sería inútil), sino los *medios de utilizar*, según los deseos y las circunstancias, las leyes naturales encontradas en otra parte, determinando *idealmente* lo que puede y debe ser.

La moral teórica no sería entonces ni una construcción *a priori*, ni una simple transcripción de los hechos. Pero su método ¿no podría consistir en encontrar en los hechos, y en parte gracias a ellos, los modos de realizar un ideal concebido por la razón y la satisfacción de tendencias que expresarían nuestra naturaleza verdadera y superior? Con este método nosotros no tomaremos los resultados científicos tales y como salen de la ciencia, y no llegaremos a la negación misma de la moral; pero no nos situaremos tampoco en un dominio metafísico y místico, en donde construyamos un ideal sin saber si es realizable. Nosotros tendremos cuenta, a la vez, de los *hechos y de aquellas aspiraciones de nuestra conciencia* que el incésante movimiento de los hechos permitirá satisfacer. Nosotros seguiremos en moral el método filosófico racional que, por encima del *hecho*, busca el *derecho*; por encima de lo *que es*, lo que *debe ser*; pero, al mismo tiempo, lo que *puede ser* y lo que *será*. Se pueden superar los hechos por el ideal, pero continuándolos; vencer la naturaleza, obedeciendo a sus necesidades. Nosotros considera-

remos el conjunto de los hechos y reflexionaremos sobre las tendencias de nuestra razón para construir un ideal en que entren todas aquellas tendencias compatibles con los hechos.

VI. REVISTA SUMARIA DE LOS SISTEMAS QUE SE HAN ENSAYADO PARA APLICAR ESTE MÉTODO.—MORAL DEL SUPREMO BIEN.—EL PRINCIPIO DE LA PERFECCIÓN.

En el fondo, y a pesar de las numerosas divergencias de detalle, todas las doctrinas filosóficas *racionalistas* han seguido este método: la filosofía griega, en particular, y la filosofía cartesiana. (*Descartes, Malebranche, Espinosa*.) Estos sistemas han recibido el nombre de sistemas del *supremo bien* o *de la perfección*. He aquí en qué consiste su principio: la razón está encargada, con arreglo a los procedimientos científicos (del modo como los concibe la época), de sacar del conjunto de los conocimientos establecidos todo lo que pueda aclarar nuestra conducta y guiar nuestras acciones.

A) RACIONALISMO GRIEGO.—Esto es lo que entendían todos los grandes pensadores griegos cuando refutaban la sofística que negaba la existencia de una moral teórica racional. Para *Sócrates* hay un método científico: la dialéctica, y este método, no solamente puede aplicarse a la moral, sino que sólo a ella se aplica. *El bien es una ciencia, y no hay ciencia más que del bien*: saber y ser virtuoso son una sola y misma cosa (nadie es malvado a sabiendas).

Esta ciencia consiste en remontar de las ideas concretas y comunes a las ideas abstractas y gene-

rales, que son su razón última (*interrogación socrática*), mostrando lo absurdo de las opiniones diferentes (*ironía*) y haciendo de este modo salir las más altas verdades de las proposiciones más vulgares (*mayerútica*); es una serie de inducciones por las cuales (*Sócrates* y sus discípulos son idealistas) el alma adivina por sí misma la ley general en la particular. Una vez que la razón ha llegado a la noción más alta, *la del bien*, no hay más que deducir todos nuestros actos particulares por un método inverso del precedente. Esta deducción se hace también por una intuición inmediata. El bien, siendo conocido, no podemos más que cumplirlo sin titubear, y somos justos con la misma necesidad que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos.

Platón conserva la doctrina moral de su maestro, precisándola y dándole más vigor. *Sócrates*, para establecer el contenido de la noción del bien, parte de la *tradición* y de la *utilidad*; *Platón* no parte más que de la *razón*. Así el supremo bien se confunde con el ejercicio del pensamiento en lo que tiene de más abstracto y de más especulativo. El sabio no es feliz más que por el ascetismo: se abstiene de obrar y sufre la injusticia mejor que cometerla. Para *Platón*, el mundo en que vivimos es pura ilusión y error; como la virtud se confunde con la verdadera ciencia y el bien con la verdad, nosotros debemos despreciar este mundo.

La moral es también para *Aristóteles* una ciencia rigurosa, y no es más que la aplicación a la determinación del bien del método científico y racional. Si su moral es menos metafísica y más concreta y práctica que la de *Platón*, es que ante las paradojas y los excesos metafísicos de su maestro *Aristóteles* ha buscado para la ciencia entera un método más

cercano de los hechos; pero los principios son los mismos.

Y estos principios son también los que la moral, en apariencia más alejada de los hechos y de la realidad, la *moral estoica*, trata aún de aplicar. Las paradojas de los estoicos, sus principales fórmulas, se deducen todas de la concepción racional de la moral. Los seres son fuerzas y tienen todos un principio de acción, una dirección: instinto en el animal, razón en el hombre. Seguir este principio, esta dirección, será, pues, la ley moral: *Vive conforme a la razón*; lo que equivale a decir: *Vive conforme a la naturaleza*, porque la razón no es más que el principio de nuestra naturaleza, idéntico, en su fondo, a todos los demás principios de la naturaleza.

¿Cómo determinar este género de vida? No hay más que distinguir las cosas que dependen de nosotros y las que no dependen, porque estas últimas, por su misma naturaleza, se sustraen a nuestra dirección. Y lo que depende de nosotros exclusivamente es fácil de ver que no es más que *nuestra voluntad y nuestra intención*. *Sufre y abstente* de todo lo que no depende de ti; es decir, todos los acontecimientos que te ocurren por efecto de la naturaleza o de la sociedad; y tú vive conformándote, para todo lo que te concierne, es decir, para todas las voluntades, a la razón estética, lo cual equivale a la *justicia*. De este modo, todas estas morales no son *metafísica* en apariencia más que porque la ciencia helénica, descañando sobre una experiencia muy limitada, era toda ella metafísica en sus conclusiones. Pero el esfuerzo de la ciencia, como el de la moral griega, es francamente racionalista y positivo. La moral debe aplicar a la determinación del bien la razón sola, y la razón que quiere ser *rigurosamente metódica*, que no admite el orden místico, como en *Kant*, pero

saca sus datos de un ensayo de explicación general de la naturaleza.

B) RACIONALISMO MODERNO.—Esta es también la concepción que encontramos en los *cartesianos*, y en particular en *Espinosa*. Naturaleza y razón están dirigidas en el mismo sentido y son idénticas, porque son el desenvolvimiento paralelo de dos atributos de una realidad única: *la substancia infinita*. La virtud consiste en discernir la tendencia propia de cada ser y referirla a lo que le da su aplicación natural: *la razón*. Las *pasiones* (es decir, los impulsos oscuros del ser, los actos cumplidos sin una comprensión clara de lo que se quiere hacer) son ideas confusas, inadecuadas, *errores* que se trata de aclarar, de completar, de convertir en verdades, deduciéndolas de su fuente, según el método matemático, procedimiento científico por excelencia. La *paz del alma*, la *beatitud*, se encuentran en el conocimiento claro de las leyes necesarias de todas las cosas, o, dicho de otro modo, cuando se haya agotado la ciencia, para aquel que la posea entera. Nosotros seremos irresistiblemente llevados a la virtud en cuanto nos hayamos dado cuenta de la naturaleza de las cosas.

La ciencia de *Espinosa*, concebida bajo una forma matemática exclusiva, no representa en la práctica más que un sitio derivado y accesorio a la experiencia. Pero con *Leibniz* llegamos a una concepción casi moderna de la ciencia y a una moral teórica muy cercana de la que se puede proponer hoy día. Los principios fundamentales del racionalismo exigen, antes de contar con la posibilidad de una deducción matemática, una consulta a la experiencia. *Leibniz* parte de los hechos, porque los hechos contienen virtualmente, en potencia, las leyes racionales (esto es un modo más moderno de anunciar la

identidad de la naturaleza y de la razón). Admite como verdadero que todo ser busca su placer. Mas el placer no es más que el sentimiento de la perfección, y esta es la reducción de los hechos particulares, contingentes y múltiples a su ley necesaria, esto es, la racionalidad. Percibir clara y distintamente el fin perseguido por todas nuestras tendencias naturales y dirigir nuestros actos hacia este fin, reflejar cada vez más exactamente el universo y representar en él el papel que nos está asignado, y ello gracias a la razón que se desprende poco a poco de los hechos y formula el orden de éstos, tal es el principio de toda moralidad.

En otros términos, las conciencias humanas buscan la perfección, buscando la felicidad. Pero encuentran la perfección y la felicidad, desprendiéndose siempre más del instinto oscuro y confuso y llegando a ser, por la ciencia, cada vez más razonables; la felicidad no es más que el signo de una vida que se subordina cada vez más estrechamente a la razón; y como ésta tiende constantemente a ir más allá de los hechos y a elevarse hacia un ideal en el que todo sería ordenado por la razón, el progreso moral es una ascensión hacia el ideal. Ese ideal se halla realizado en Dios.

Resulta, pues, que la moral es una elevación constante hacia Dios: su principio, que ha parecido primero ser la busca de la felicidad, luego la investigación del orden racional y de la perfección, es también en último análisis, ya que es imposible al hombre desprenderse completamente de toda inclinación confusa y de alcanzar el conocimiento racional integral, *el amor de Dios*. Él participa, a la vez, de la inclinación en tanto que es amor, y de la perfección racional en tanto que este amor tiene la divinidad por objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVA ESPAÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Vol. 125 BENTLEY 1910

Se advertirá el carácter ecléctico de esta doctrina, que absorbe, a la vez, el placer, el amor (es decir, el sentimiento) y la razón en la moral que nos propone.

VII. LAS GRANDES LÍNEAS DE LA MORAL TEÓRICA MODERNA.

Hoy la mayor parte de las morales teóricas siguen siendo, como las que acabamos de analizar, una reflexión racional sobre los hechos, sobre la ciencia. No difieren de las morales deductivas anteriores más que por la concepción de la ciencia, que es mucho más compleja y da una parte creciente a la experiencia. Los mismos discípulos de *Kant*, como «los partidarios de la moral independiente», o el neocriticismo, a pesar de mantener la intuición fundamental del deber, tratan de aproximarla a los hechos experimentales. Para los primeros, el deber es un hecho experimental. Para los neocriticistas, como *Renouvier*, al lado de la moral ideal (relativa al estado de paz) que se presenta, como la de *Kant*, fundada sobre la libertad y la autonomía de la voluntad humana, dándose a sí misma la ley independientemente de la experiencia, hay la moral relativa al estado de guerra. Por estado de guerra *Renouvier* entiende el estado permanente de la sociedad humana. Los principios de la primera moral deben ser adaptados a los hechos de experiencia.

La gran tradición moral pone más bien, como *Leibniz*, un ideal que la razón trata de extraer progresivamente de los hechos. Este principio de perfección, para siempre irrealizable, está determinado

por una reflexión sobre los hechos, ya que lo envuelven los hechos, como la tierra a los metales. Él nos impone el deber de perseguirlo con todas nuestras fuerzas. Así, sobre el *Bien* ideal asignado por la reflexión, conducida todo lo científicamente posible, fúndase la obligación moral y la sanción de la obligación por la felicidad.

A) FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA MORAL. — He aquí las conclusiones generales que admiten la mayor parte de los moralistas modernos, que son partidarios de fundar la moral sobre una investigación *teórica y filosófica*. Históricamente, científicamente, todo pasa, como si el desenvolvimiento de la conciencia moral fuera el producto de las influencias del medio social y natural porque nosotros miramos las cosas desde fuera y superficialmente. Pero si las consideramos filosóficamente en su elaboración íntima, reflexionando sobre nosotros mismos, veremos que nuestra conciencia no ha permanecido inerte ante estas influencias exteriores. El progreso moral no se realiza *espontánea e instintivamente*, como pretenden el utilitarismo y el evolucionismo consecuentes, y éste es su error. No. En virtud de su poder consciente, el individuo ha reflexionado sobre sus actos y sus condiciones, ha ido concibiendo un ideal. He ahí la parte de la conciencia individual, la medida en la cual los moralistas intuitivos tienen razón, teniendo en cuenta sus aspiraciones. Su error, por otra parte, es el de descuidar la *influencia incontestable de los hechos* sobre las aspiraciones, la *evolución histórica y su continuidad necesaria*. Pero las conclusiones de las morales intuitivas pueden guiarnos para formular nuestro ideal, una vez que hayamos recibido la enseñanza de los hechos y visto su devenir real.

Desenvolvimiento objetivo de los hechos fuera de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925

37232

nosotros mismos y *conciencia* subjetiva de nuestras tendencias individuales no son de ningún modo contradictorios. Los dos términos se implican mutuamente y se reflejan uno a otro. Lo que llamamos la *razón* no es más que la refracción necesaria en cada individuo de la evolución de la naturaleza; más precisamente, el punto de vista moral de la evolución de la humanidad. Y lo que nosotros hemos llamado los *hechos* y aquello sobre lo que descansan las morales objetivas es lo adquirido, el pasado social. Lo que llamábamos las *tendencias del individuo*, las *exigencias* de la *conciencia*, fundamento de las morales subjetivas, es el ideal construido por la imaginación y que refleja los hechos anteriores. La moral fundada sobre la *razón* no excluirá, pues, una de estas consideraciones con cargo a la otra, sino que preparará la relación, porque las tendencias subjetivas no son más que el prolongamiento a menudo muy lejano y muy confuso, y, por consiguiente, paradójico, de las direcciones naturales presentadas por los hechos. La moral teórica se inspirará en los hechos que nos revela la observación científica y formulará, con la ayuda de la *razón*, lo que parece, *en consecuencia de los hechos*, deber y poder ser exigido en el porvenir, para satisfacer nuestra conciencia. Así *perdurarán el progreso general de la humanidad y la perfección individual*, que son corolarios. Perfección individual y progreso social recíprocos, determinados por la experiencia y por las exigencias de la *razón*, constituyen el *supremo bien* o el *ideal moral*; ideal que debe servir de fin a todo individuo razonable.

B) LA OBLIGACIÓN MORAL.—La influencia de este ideal sobre nuestra conciencia, la parte que él toma en la *motivación* de todos nuestros actos, constituye el sentimiento de la *obligación moral* o del *deber*,

sin que sea deseo de romper el determinismo natural para explicar esta noción y su poder. Ella es *el producto de la reflexión consciente sobre las condiciones naturales y sociales de la existencia humana y de su desenvolvimiento.*

Si los seres vivos tienen una conciencia, si ésta parece elevarse con ellos, hacerse más clara y más precisa, si adquiere datos morales, es que aparentemente, sin esta conciencia y estos datos, la evolución, el progreso, hubieran sido imposibles.

Precisaba el hombre una *reflexión*, cada vez más profunda, sobre sus actos y sus condiciones, para poder obrar de una manera mejor adaptada, más satisfactoria. Esta *reflexión* ha creado, al contacto de los hechos, al mismo tiempo que un ideal a realizar, el sentimiento de obligación para este ideal. Este sentimiento no es sobrenatural o innato (morales intuitivas), pero tampoco es un residuo de la experiencia (morales objetivas). Proviene de una *reacción consciente sobre los datos de la experiencia.*

C) EL BIEN: EL EUDEMONISMO RACIONAL.—Esta solución, término de todos los sistemas racionalistas que han concebido la *razón* como un hecho natural, ligado a los demás hechos naturales, tiene la ventaja de conservar todo lo que es conciliable en los sistemas de moral, sean objetivos, sean subjetivos, ya que ella establece una síntesis estrecha de dos puntos de vista. Así es como el principio del placer y de lo útil entra en la concepción del ideal moral; «el progreso de la humanidad y la perfección individual» no pueden, en efecto, aconsejar más que actos útiles, y, por consiguiente, son la fuente más real, la sola fuente de placeres verdaderos; también se hallan conciliados placeres individuales y felici-

dad colectiva. Los impulsos del corazón, la voz de la conciencia, no son eliminados tampoco; solamente, en lugar de permanecer inexplicados e inexplicables, como en las morales sentimentales y religiosas, como en la moral kantiana, están fundadas en hecho y en derecho por una visión racional de la naturaleza. Así, llegamos a construir un *eudemonismo racional*, es decir, una doctrina que debe dar a la humanidad toda la *felicidad* realizable, mostrando claramente a la razón que es realizable.

Kant y los intuitivos distinguen felicidad y moralidad, felicidad y deber. Esos son, para ellos, términos radicalmente extraños el uno al otro; y es que ellos relacionan la felicidad con el placer sensible. Pero si la felicidad no es más que la realización de la actividad mejor que la razón concibe, no hay más contradicción o independencia, hay correlación íntima entre la felicidad y la moralidad: éstos son dos aspectos del *bien supremo*, del *progreso* o de la *perfección*.

Crítica general.—Más tarde veremos los principios críticos a los cuales han dado lugar, cada una por su parte, las diversas nociones (perfección, progreso de la humanidad, solidaridad social, felicidad y deber) sobre las cuales se apoyan estos sistemas. Por el momento, contentémonos con indicar que, si por su carácter ecléctico y comprensivo, los sistemas que acabamos de analizar se prestan muy bien a las aplicaciones prácticas, en general han parecido faltos de rigor lógico. Mas si una moral que no quiere ser más que práctica, no tiene que preocuparse mucho de este rigor, es, sin embargo, esencial para una moral teórica que pretende fundar sistemáticamente todos nuestros deberes sobre principios universales y necesarios.

Conclusión propuesta.—*Todos los métodos seguidos*

hasta aquí para edificar una moral teórica no parecen estar por encima de la crítica: he aquí lo que resalta de su examen sumario. Esta es, al menos, la opinión *personal*, que proponemos a la reflexión del lector. Volveremos a encontrar una discusión más amplia de estos métodos en el cap. IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, N.P.M.